

EL MENSAJERO DE LA CORONA



EDITORIAL
TOR



00163315

Corita



EL MENSAJERO DE LA CORONA

CUENTO

por

ALBERTO
PIDEMUNT



EDITORIAL TOR

Río de Janeiro 760

BUENOS AIRES

LA ABEJA

LA MEJOR Y MAS ECONOMICA COLECCION INFANTIL ILUSTRADA

- 1 Pinocho en el teatro de títeres
- 2 Blancanieves y los 7 enanitos
- 3 Los príncipes encantados
- 4 La Bella durmiente del bosque
- 5 Juanfuerte
- 6 Piel de asno
- 7 La princesa y el erizo
- 8 Ali Babá y los 40 ladrones
- 9 La inocente mensajera
- 10 Pinocho en campo de milagros
- 11 El pájaro verde
- 12 Pulgarcito
- 13 Los maestros cantores
- 14 El rey del río de Oro
- 15 Capercucita Roja
- 16 Las tres princesas
- 17 El triunfo del sorre
- 18 Pinocho en la isla de las abejas
- 19 La princesa pizarona
- 20 Simbad el marino
- 21 Canción de Navidad
- 22 Un viaje maravilloso
- 23 El niño que se volvió hormiga
- 24 El enano Zacarías
- 25 Pinocho en gruta del monstruo
- 26 El legado del moro
- 27 El gato con botas
- 28 El hada de Granville
- 29 De los Apeninos a los Andes
- 30 Mefique
- 31 El rey Cuervo
- 32 Almendrita
- 33 Pinocho en el país de juguetes
- 34 El niño perdido
- 35 Robin Hood
- 36 La isla encantada
- 37 Pif Paf
- 38 La carga liviana
- 39 La alfombra mágica
- 40 El pájaro que reía
- 41 La Cenicienta
- 42 Aventuras del rey Beder
- 43 El muchacho y la fortuna, Fábulas de Samaniego
- 44 Pinocho en el fondo del mar
- 45 Gulliver en el país de enanos
- 46 La bella Dorígen
- 47 Las salamandras azules
- 48 Los zuecos maravillosos
- 49 Las tres hermanas
- 50 Fábulas de Iriarte
- 51 El niño raptado
- 52 Barba Azul
- 53 Tanino el hormiguero
- 54 Gulliver en el país de gigantes
- 55 El tejedor de Segovia
- 56 El príncipe Cododac
- 57 La amiguita de los pájaros
- 58 La señorita Scuderi
- 59 Fábulas de Esopo
- 60 Constancia
- 61 Nicolás y Nicolásín
- 62 Los rosales de la reina
- 63 El enfermero del Chacho
- 64 Grisélidis
- 65 Alicia en el país de maravillas
- 66 Aladino
- 67 Genoveva de Brabante
- 68 La Sirenita
- 69 Peter Pan
- 70 El patito feo
- 71 Hombre que vendió su nombre
- 72 Los tres pelos del diablo
- 73 Hansel y Gretel
- 74 La flor del pantano
- 75 El buque fantasma
- 76 La cámara del tesoro
- 77 La desobediencia
- 78 El tarro de aceitunas
- 79 El mensajero de la corona
- 80 La camisa del hombre feo
- 81 La verdad sospechosa
- 82 La graciosa Emelia
- 83 El muchacho afortunado
- 84 La novia elegida
- 85 Las dos estatuas
- 86 La botella encantada
- 87 El mercader de Venecia
- 88 La obligación
- 89 El favorito ingenioso
- 90 Los dos ruiseñores
- 91 El ladrón de Bagdad
- 92 El tambor del regimiento
- 93 El pájaro de oro
- 94 El barbero silencioso
- 95 Las tres perlas
- 96 Gulliver en países maravillosos
- 97 El príncipe impostor
- 98 El rey en busca de novia
- 99 El soldadito de plomo
- 100 El mercader y la favorita

ES PROPIEDAD. — Queda hecho el depósito que marca la ley.



EL MENSAJERO DE LA CORONA

I

Los hijos del leñador



ABIA una vez un leñador llamado Juan, que estaba muy satisfecho con su suerte. No era rico, pero tampoco vivía en la indigencia. Tenía su casa en la linde de un bosque lleno de árboles que le proporcionaban una leña consistente y olorosa que era muy apreciada. Su habilidad para elegir los me-

jores y cortarlos en astillas limpias y de fácil manejo, así como su ánimo para el trabajo, le dieron bien ganada fama en la comarca. "Para buena leña, la de Juan", decían desde el ama de casa hasta la última fregatriz. Y así fué cómo el hombre se hizo de una clientela buena, entre la mejor, que, si bien le daba muchas preocupaciones con sus exigencias, también le llenaba la bolsa de doblones, con los que hacía frente a sus modestas necesidades y todavía le sobraban algunos picos que iban a parar a su cofre de ahorros, que mantenía siempre bien provisto en previsión de años de escasez, que casi nunca venían solos.

Una mujer amante y hacendosa era la compañera de Juan. Desde el mismo día del casamiento, no le había dado más que satisfacciones, atendiendo la casa, ayudándole en el trabajo, alentándolo en los momentos de depresión y enseñándole a practicar la virtud de la moderación y el ahorro en los años de prosperidad. Había sido, en fin, un modelo de esposa. Pero como no hay dicha imperecedera, ocurrió que esa mujer fiel, abnegada y ejemplar enfermó un día de grave mal y antes de una semana entregó su alma al Creador.

Y el pobre Juan se encontró de la noche a la mañana viudo y con dos hijos a quienes atender. Afortunadamente, éstos eran ya grandecitos y no necesitaban de muchos cuidados.

El mayor se llamaba Arturo y, sin ser malo, era ambicioso y egoísta. En cambio, el menor, que se llamaba Rafael, era humilde y bondadoso.



Y todavía le sobran algunos picos...

II

Los dos jinetes

Los señores del lugar de nuestro cuento tenían fama de ser buenos jinetes. Era en la época de las Cruzadas, y todos, sin excepción, habían tomado parte en la última expedición que, con el rey a la cabeza, se había dirigido a la Palestina dispuesta a conquistar el Santo Sepulcro, que se hallaba en poder de los infieles.

Las cabalgatas entre caballeros del lugar eran frecuentes, y las cacerías a caballo se realizaban con asiduidad en la época propicia. Las piezas abundaban y se decía en todo el reino que eran las mejores, lo que permitía a los señores allí afincados invitar a otros nobles de lejanas posesiones a excursiones cinegéticas por sus bosques, dando lugar a lucidas recepciones y animadas fiestas, en las que solía participar el pueblo.

Nada hay que predisponga tanto a la familiaridad entre poderosos y humildes como la abundancia, y aquél era un país en el que no faltaba nada.

El espectáculo frecuente de tan brillantes reuniones, en las que los caballos jugaban un papel principal, hizo que se despertara en los dos hijos del leñador de nuestro cuento el deseo de dedicarse a la equitación.

Cuando se lo manifestaron a su padre, éste, en lugar de quitárselo de la cabeza, pues era una afición costosa y poco práctica para un leñador, que más necesita de un burro que de un caballo para el transporte de su mercancía, los alentó y les pro-



Una mujer amante y hacendosa...

metió comprarles un potro a cada uno, si aprendían a montar bien.

Locos de contento, los muchachos se dirigieron al caballerizo del dueño del bosque donde vivían, le expusieron sus deseos y después de varias lecciones se consideraron consumados jinetes.

Grande fué la alegría del leñador cuando una mañana de fiesta vió aparecer a sus dos hijos montados en sendos potros que les había prestado el servidor del duque, señor de aquellas tierras, y realizar una serie de pruebas de equitación con las que pusieron de manifiesto su destreza.

Aquel mismo día el buen hombre fué a la feria

y, cumpliendo con lo prometido, adquirió dos caballos elegidos entre los mejores: uno para Arturo y otro para Rafael.

III

Los muchachos agradecidos

La compra de los caballos para sus hijos había dejado al leñador de nuestro cuento sin un maravedí. Y el año se presentaba difícil. Las cosechas habían sido malas, las pestes habían diezmando los ganados y una próxima Cruzada imponía a los señores fuertes tributos. El pobre Juan sabía que todos esos factores adversos repercutían desastrosamente en su trabajo, pues el consumo de leña mermaba extraordinariamente cada vez que se presentaban. Los ricos la hacían cortar en los bosques por sus propios servidores, y los demás se guardaban muy bien de comprar las astillas caras en que él se especializaba. Y pensando en eso, pasaba muchas noches en vela.

Notando la preocupación de su padre y adivinando la causa de la misma, Arturo y Rafael decidieron corresponder al sacrificio realizado por él, haciendo a su vez un sacrificio: fueron a ver a los señores del lugar y se ofrecieron para ayudar en las cacerías del jabalí. Como ya había cundido en la comarca su fama de buenos jinetes, los tuvieron en cuenta en todas las casas, y siempre que los necesitaban mandaban a un sirviente en su busca. Y como los llamados eran frecuentes y les pagaban con esplendidez, aquel invierno fueron ellos los que hicieron frente a los gastos del hogar.



Se pasaba muchas noches en vela.

IV

El traje de fiesta

Volvió el buen tiempo, y la primera preocupación de Juan fué comprarles un traje de fiesta a sus hijos, pues carecían de ropa presentable.

Su trabajo en las cacerías, sus ejercicios de equitación y la ayuda que prestaban a su padre en el bosque habían dejado su indumentaria poco menos que a la miseria. Ciertó que estaba bien remendada y que la llevaban siempre tan limpia que daba gusto verla, pero no podían tomar parte con ella en ninguna fiesta, ni lucirse en los paseos.

Hasta en la misa desentonaban al lado de otros muchachos que, aunque tan pobres como ellos, no carecían de su ropita dominguera.

Con el primer dinero que juntó, el buen leñador se dirigió al pueblo próximo, y se introdujo en la mejor tienda que encontró, dispuesto a volver a su casa con sendos trajes para sus muchachos. De aquella tienda pasó a otra, y a otra, y a otra, pero en ninguna dió con lo que en realidad necesitaba: dos trajes cuyo costo no fuera superior al dinero de que disponía.

Al fin, comprendiendo que sólo un milagro podría resolver su situación, y no considerándose digno de un milagro, decidió comprar un solo traje para los dos, pero, eso sí, un traje lindo, propio de unos gallardos jinetes como eran Arturo y Rafael: calzas de seda, jubón de terciopelo y un sombrero precioso con una pluma de colores vivos.

Uno a regañadientes y el otro con santa resignación, los dos muchachos aceptaron compartir el uso de aquellas prendas. Y así, un domingo era el mayor el que se lucía con el traje nuevo, y el domingo siguiente era el más pequeño el que despertaba la admiración de cuantos encontraba a su paso.

Juan los veía partir, satisfecho y orgulloso de tener hijos tan apuestos. Cuando era Arturo el que salía, Rafael se quedaba en la casa, ayudando en los quehaceres o entreteniendo a su padre con interesantes lecturas o divertidos juegos. En cambio, cuando el que se quedaba era Arturo, le amargaba la fiesta al buen leñador.

—No es lógico que yo me tenga que quedar en



Decidió comprar un solo traje para los dos.

casa mientras Rafael sale a pasear —exclamaba, poniendo un agrio gesto:

—Ya sabes que no pude comprar más que un traje —le contestaba Juan—. Y debéis turnaros como buenos hermanos.

—No estoy de acuerdo. Como mayor que soy, el traje me pertenece a mí exclusivamente. Cuando Rafael tenga mi edad, tú o nosotros ya habremos conseguido el dinero necesario para comprarle el suyo.

—Tan merecedor es él como tú. ¡Pues no faltaba más!

—Pero la edad...

—¡Aquí no hay edad que valga! —replicaba el leñador, definitivamente enojado—. No me ayuda él menos que tú. De manera, que es justo que disfrute de iguales beneficios. Además, yo lo he dispuesto así, y no hay nada que observar. ¿Has entendido?

Viendo a su padre de mal talante, Rafael, que no era malo del todo, cesaba en sus lamentaciones y procuraba pasar el domingo de la mejor manera posible.

V

El cargo de mensajero

El rey de aquel país, como ya hemos dicho, organizaba una nueva Cruzada. Cuando ya tenía dispuestas las órdenes que debía mandar a sus caballeros, se encontró con un grave inconveniente: el mensajero de la corona acababa de morir a manos de un salteador.



—Tan merecedor es él como tú...

—Es necesario buscar en seguida un reemplazante—le dijo, apenas se enteró, a su primer ministro.

—No es tarea fácil, majestad —le contestó el funcionario—. Recordad que debe ser un hombre de reconocida confianza, un experto jinete y digno, por su apostura, de ostentar con honor las armas reales en su capa y en las gualdrapas de su cabalgadura.

—¿Y no abundan esa clase de hombres en mi reino?

—No, desgraciadamente, majestad. Tened en cuenta que la última guerra nos dejó sin los mejores jinetes. Muchos jóvenes cayeron en el cam-

po de batalla defendiendo vuestro pabellón. Aunque hago memoria, no recuerdo a nadie que sea digno de ostentar el título de mensajero de la corona con honor.

—Entonces, convocaremos a la juventud del país a un torneo de destreza y, previa averiguación de antecedentes de los aspirantes, lo llevaremos a cabo en el patio de armas de mi palacio. Dispón en seguida todo lo necesario y fija una fecha próxima.

—Bien, majestad.

Y en el término de pocos días, en todo el país se tuvo conocimiento del singular torneo, despertando viva animación entre los jóvenes.

VI

Los aspirantes

Muchos fueron los aspirantes al cargo de mensajero de la corona. Sin ser nobiliario, era un título que honraba.

Como en todas partes, llegó a la casa del leñador la importante noticia.

Los interesados debían presentarse a la corte el último día de aquel mismo mes. No había, pues, que perder tiempo en preparativos exagerados y en vacilaciones. Entendiéndolo así, tan pronto Juan se enteró de la noticia que había llegado hasta el último rincón del reino por conducto de los pregoneros, reunió a sus dos hijos y les habló de esta manera:

—¿Os habéis enterado del último pregón de nuestro monarca?



—Tened en cuenta que la última guerra...

—¿El del concurso para el cargo de mensajero de la corona? —preguntó Arturo con un gesto de indiferencia.

—El mismo.

—Me parece muy interesante —dijo Rafael—. ¡Quién pudiera tomar parte!

—¡Vosotros! —exclamó el leñador con un tono que no admitía réplica—. Es la mejor oportunidad que se os presenta para haceros hombres de provecho. No hay en todo el reino jinetes tan hábiles y tan apuestos como vosotros, ni caballos tan veloces y de tan buena estampa como los vuestros. ¡Id, hijos míos, y que Dios os ayude, que bien merecido lo tenéis!



Instantes después salían rumbo a la corte los dos jinetes



no, muy bien vestido, y el otro, con un modesto traje.

—Los dos no podemos —replicó Arturo—. No tenemos más que un traje. Por lo tanto, iré yo, que soy el mayor.

—¡No! —vociferó el padre—. Iréis los dos. Tan digno eres tú como Rafael.

—¡Pero, y el traje?

—Os lo dividís como buenos hermanos. Que uno se ponga las calzas y el otro el jubón. ¡Y que sea el rey quien decida! Otra cosa no voy a consentir. Tenedlo bien presente.

—Pero mañana empieza la temporada de la leña. Necesitas alguien que te ayude... Debes pasar varias semanas en el bosque... No lo olvidas, padre.

—Esta vez me arreglaré solo, como cuando erais pequeños. Y espero saber a mi regreso, por boca de uno de vosotros, cuál ha sido merecedor de la preferencia del soberano, con lo que recibiré una gran alegría.

VII

La mala acción

Aunque entre rezongos, Arturo acató las órdenes de su padre, pues sabía que cuando tomaba una decisión no se volvía atrás.

Al día siguiente, mientras los muchachos iniciaban los preparativos para el viaje a la corte, Juan se fué al bosque donde debía pasar una pequeña temporada cortando leña. Se despidió de sus hijos y les deseó de nuevo buena suerte, sin expresar preferencia por ninguno de los dos.

Arturo, dominado por la ambición y el orgullo,



Por conducto de los pregoneros...

decidió aprovechar la ausencia de su padre para arreglar las cosas de manera que pudiera competir ventajosamente con su humilde y resignado hermano.

—Voy a presentarme en la corte como debe ser un verdadero jinete del rey —se dijo, mientras planeaba su villanía.

Y, sin pensarlo más, ejecutó la peor acción de su vida: juntó las pocas alhajas que había dejado su difunta madre y unos doblones que su padre tenía en el cofre de los ahorros, y se fué a ver al platero de la villa próxima.

—Quiero que me hagáis un juego de herraduras de oro —le dijo al artífice, entregándole el producto del hurto.

—¿Herraduras de oro? —exclamó el platero—. Jamás recibí un pedido semejante. ¿Sabes lo que dices, muchacho?

—De sobra lo sé. Haced lo que os pido, sin chistar, que para eso os pagaré lo que sea.

Ante tan poderosas razones, el artesano no replicó, y dos días después entregaba al muchacho cuatro herraduras de oro labrado y sus correspondientes clavos de fuerte hierro con cabeza del noble metal.

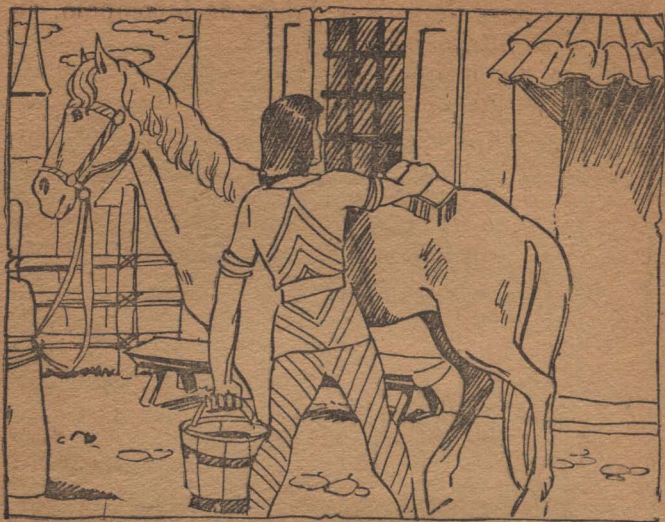
VIII

La partida

El día de la partida, los dos hermanos se levantaron más temprano que de costumbre, con ser muy madrugadores.



—Quiero que me hagáis un juego de herraduras de oro.



Arturo lavó y rasqueteó a su caballo.

Arturo lavó, cepilló y rasqueteó a su caballo con más prolijidad que otras veces y lo enjaezó con gualdrapas y otros perifollos adquiridos con parte del dinero hurtado, como hemos dicho, a su padre.

Rafael, en cambio, aunque su caballo brillaba como un espejo, no le puso otra cosa que la modesta silla de costumbre, pues no tenía nada mejor ni dinero para adquirirlo. A pesar de lo cual estaba animoso y contento.

Una vez arreglados los caballos, los dos muchachos se fueron a vestir. Pero, como ya hemos dicho, en toda la casa había un solo traje bueno,

aquel de calzas de seda y jubón de terciopelo, en cuyo uso se alternaban.

—Como dispuso nuestro padre, vamos a dividirlo —dijo Rafael, sacando las prendas del arcón donde las guardaban—. Uno se pone las calzas, y el otro, el jubón. Te doy a elegir lo que más te agrade. Decídetes.

—¡De ninguna manera! —vociferó el otro—. No recuerdo que nuestro padre haya dicho semejante disparate...

—¿No lo oíste?

—No, no lo oí. Y, aunque lo hubiera oído... Soy el mayor, y a mí me corresponde el traje entero.

—Como quieras. Aquí lo tienes todo. Me conformo con ir limpio, aunque pobre y remendado como siempre.

Instantes después los dos jinetes salían rumbo a la corte: uno muy bien vestido, sobre un caballo lujosamente enjaezado, cuyas herraduras de oro parecían despedir fuego ante los rayos del sol, y el otro con un humilde traje de aldeano, y un caballo que no llamaba la atención por sus adornos ni por las herraduras de hierro, que brillaban opacamente.

IX

El oro y el hierro

Leguas y más leguas, rumbo a la corte, anduvieron los dos hermanos.

Iban con distintas galas, pero con idéntica marcha y apostura. A la distancia, sin poder reparar

en los detalles de lujo, nadie hubiera podido decir cuál era más digno de ganar el título de mensajero de la corona.

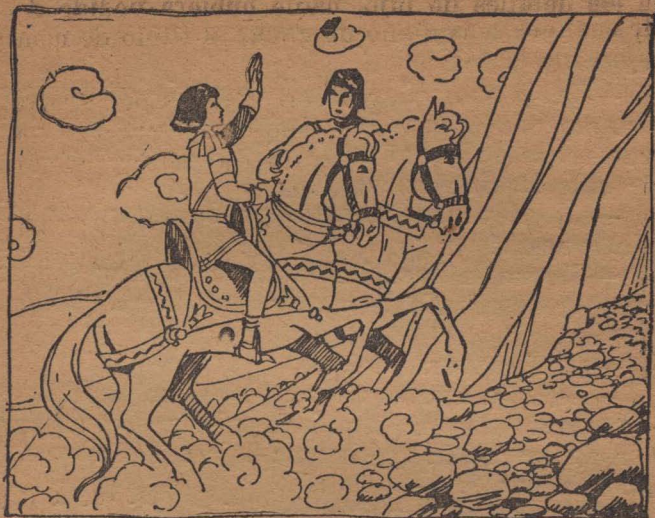
Ambos jinetes marcharon así a la par, hasta que les tocó subir la empinada cuesta que rodeaba una montaña pedregosa. El pavimento era de roca viva. Y allí empezó a ser desigual el paso de los dos caballos; pues, mientras el de Arturo sentía los efectos de la poca consistencia del oro de sus herraduras, que empezaron a desquiciarse al batir sobre la superficie pétrea del camino, el de Rafael seguía su marcha pareja y gallarda sin el menor contratiempo. Y eran ahora las herraduras de éste las que sacaban fuego — verdadero fuego de chispas — al chocar firme y duramente con el granito de la senda. Y vistos a la distancia, sin reparar en los detalles lujosos, cualquiera hubiera dicho que Rafael era más digno que Arturo de llevar el título de mensajero de la corona.

Después de dos días de fatigosa marcha, durante los cuales se alimentaron con sus escasas provisiones y durmieron bajo los árboles, llegaron los dos hermanos a un río cercano a la capital del reino.

X

El río crecido.

Entretanto, el caballo de Arturo había perdido tres de sus herraduras de oro, mientras las del corcel de su hermano se mantenían firmes en



Hasta que les tocó subir...

los cuatro cascos y brillaban ahora como si fueran de plata bruñida.

En la montaña donde tenía sus fuentes el río en cuya orilla se encontraban los muchachos, había llovido torrencialmente, y el caudal venía tan abundante, que mantuvo indecisos a los jóvenes viajeros.

—Crecido viene el río —exclamó Arturo, haciendo una mueca de contrariedad.

—Mucho más de lo que pensábamos —recalcó su hermano.

—Este es el lugar del vado, pero ahora el agua tiene por lo menos cuatro metros. ¡Y cuatro metros, son mucha agua!

—¿No hay ningún puente próximo? —preguntó Rafael a un pastor que en ese momento pasaba con su rebaño.

—Había uno a dos leguas de aquí —contestó el interrogado—, pero la creciente, que fué muy brava anoche, se lo llevó. ¡Y quién sabe cuándo construirán otro en su lugar!

—¿No hay manera, entonces, de llegar a la orilla opuesta?

—Sí que la hay. Una sola, pero muy segura, aunque desagradable para los caballeros bien trajeados.

—¿Qué manera es ésa?

—La de cruzar el río a nado —exclamó el pastor, lanzando una carcajada mientras contemplaba con sorna la vestimenta lujosa del mayor de los hermanos.

—Ya que no hay otro remedio —dijo Rafael—, vamos a lanzarnos al agua sin pérdida de tiempo. De lo contrario, llegaremos tarde al torneo, y sería una lástima.

—Tienes razón —exclamó Arturo, dando un suspiro—. Crucemos el río a nado y ¡sea lo que Dios quiera!

Así lo hicieron los dos jinetes. Y ¡adiós, terciopelos, y sedas, y perifollos!

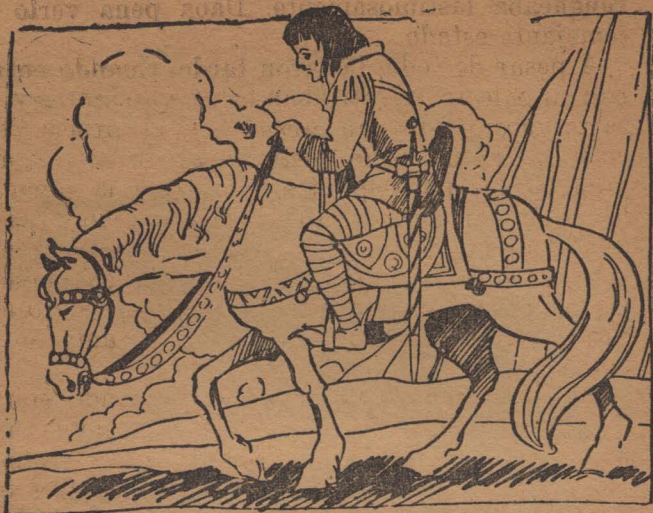
XI

La llegada a la corte

Al encontrarse en la orilla opuesta, ambos jinetes pensaron secar sus ropas desvistiéndose y poniéndolas al sol. Pero aquél era el día que de-



—La de cruzar a nado el río.



Arturo iba encogido de frío

bían presentarse ante el rey, y les quedaba muy poco tiempo. Tuvieron, pues, que montar a caballo inmediatamente y reanudar la marcha al galope, rumbo a la corte, donde ya estaría todo dispuesto para el importante torneo.

Y los dos hermanos, que habían salido de su casa, con distintas galas aunque con igual apostura, llegaron a la capital ofreciendo un marcado contraste, pues mientras Rafael se mantenía gallardamente sobre su caballo brioso con las livianas ropas secas por completo, Arturo iba encogido de frío, empapado con el agua que había absorbido el terciopelo de su traje, sobre una cabalgadura que

rengueaba lastimosamente. Daba pena verlo en semejante estado.

A pesar de todo, llegaron tarde. Cuando entraban en palacio, se retiraban los competidores y los cortesanos que habían presenciado el torneo. Pero como el rey no había quedado satisfecho con ninguno de los participantes, y conocía la fama de los hijos del leñador, dispuso una segunda parte del concurso, en la que iba a disputarse el premio entre los dos hermanos. El monarca en persona los recibió en el patio de armas y les mandó ejecutar varias pruebas de destreza delante de su real persona.

Y quedó favorablemente impresionado con el aspecto y la habilidad de Rafael. En cambio, apenas podía contener la risa ante la figura grotesca de Arturo, que hacía ridículos esfuerzos para que su dolorido caballo se comportara lo más airoso-mente posible.

XII

El triunfador

Una vez hechas las demostraciones ordenadas por el soberano, éste mandó a los dos hermanos que se apearan, y apenas éstos lo hubieron hecho, les habló de esta manera:

—Sé que los dos sois buenos jinetes, pero me quedo contigo —y señaló a Rafael—. El mensajero de la corona debe ser, más que un jinete de lujo, un jinete sencillo y diestro, capaz de llegar a su destino rápidamente, salvando con gallardía cualquier obstáculo. El adorno está bien en quienes



—Sé que los dos sois buenos jinetes.

pueden entregarse a la molicie. Los trabajadores deben usar prendas que les faciliten el cumplimiento de su tarea, prendas que no dejan también de tener elegancia, sobre todo si son contempladas con ojos comprensivos. Id con Dios y no olvidéis lo que os acabo de decir.

Los dos hermanos encontraron sensatas las palabras del rey y expresaron su conformidad con el resultado del torneo, y después de saludar ceremoniosamente al soberano, se retiraron de la real mansión.

XIII

Humildad y esperanza

Mientras Rafael se hacía cargo del puesto de mensajero de la corona, Arturo, después de abrazar con lágrimas en los ojos a su afortunado hermano, regresaba a su casa más pobre que cuando saliera, pero con un gran tesoro en el corazón: el de la humildad y la esperanza.

Y, por ser humilde y esperanzado, pidió perdón a su padre por la mala acción cometida y, trabajando con más ahinco que nunca, pudo pronto devolverle el oro que tan torpemente le había quitado.

—Perdono tu mala acción, porque te he visto sinceramente arrepentido —le dijo un día el leñador.

—Sí, padre mío —contestó Arturo—, y prometo darte nuevas pruebas de que mi arrepentimiento no ha sido pasajero. Seguiré trabajando como nunca, te ayudaré como el mejor de los hijos, y con mi resignación y humildad te haré olvidar el

vituperable comportamiento que fué mi desgracia.

—Así lo espero —exclamó Juan, visiblemente satisfecho.

Y desde aquel día en la cabaña del leñador reinó la paz y el contento.

Más adelante un señor de la comarca tomó a Arturo a su servicio, nombrándolo encargado de la jauría. Y en contacto con ésta, siguió recibiendo renovados ejemplos de abnegación y humildad que lo hicieron un hombre de provecho.



Impreso en los Talleres de la Editorial Tor, el 9 de enero de 1945. Bs. Aires

Printed in Argentina

Impreso en la Argentina

SC
UJ
CLA
28



CUNTOY INFANTIL

LA ABEJA

79